

# El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 30 OCTUBRE 1897. NÚM. 41

## EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

### SIGAMOS DESENMASCARANDO

La tarea de desenmascarar esa vergüenza de nuestra patria y de nuestra época, el carlismo, no sólo en beneficio de la libertad, sino en defensa del nacional decoro, nos ha obligado á un análisis prolijo y minucioso de su política y sus hombres, especialmente de aquellos que han simbolizado sus doctrinas y aspiraciones.

El resultado ha excedido con mucho á nuestras esperanzas, pues la historia nos ha ofrecido hechos y datos tan copiosos y abundantes, que el único temor que á veces nos asalta es el de no tener tiempo para recopilarlos en su cinto resumen y ofrecerlos en una obra completa donde pudiera estudiarse lo que ha sido el absolutismo, lo que es, y deducir lo que será si no se le aplasta completamente.

Nuestra labor, si bien ha servido para confirmarnos en el concepto que siempre nos ha merecido ese aborto de la política, nos ha proporcionado algunas sorpresas que han venido á comprobar lo que antes era en nosotros, como en la generalidad, una intuición.

Sí; cuando más se estudia y se reflexiona, más crece el convencimiento de que el carlismo es una escoria que debe barrerse á toda prisa por vergüenza, y de que el odio instintivo del pueblo hacia él es un odio justificado por la historia.

Y ¿quién contribuye en primer término á esa prueba incontestable y decisiva que surge sin esfuerzo del examen histórico del carlismo? Sus mismos hombres, es decir, la parte sana de ellos; esa masa, no muy crecida, de ilusos, de personal valía y de no escasos prestigios, que arrastrados por la pasión política ó impulsados por amargas decepciones, pusieron su espada ó su pluma al servicio del absolutismo creyendo de buena fe en la bondad del sistema.

Todas las personas dignas que fueron equivocadamente al carlismo, tuvieron al cabo que confesar su error; y ya con actos públicos, ya con silencioso pero significativo apartamiento, demostraron y demuestran la incompatibilidad entre ellos y la causa á que sirvieron.

Lo mismo en la primera que en la segunda guerra civil, se encuentran iguales hechos é idénticos resultados. De un lado el representante de la llamada legitimidad entregado completamente á camarillas de hombres feroces, cubriendo con el manto de la religión todos los vicios y disculpando hipócritamente los innumerables y horrendos crímenes de gavillas de facinerosos que campaban al amparo de la protección real y clerical; de otro las personas de cultura que no podían transigir con la maldad; los militares acostumbrados á hacer la guerra de hombres, no de salvajes, y

que al poner su espada al servicio de la causa carlista vieron con espanto que se les confundía cuando no se les posponía en las altas esferas de la fingida corte, con los cobardes asesinos, autores de tantas villanías, de tantos robos, de tantos crímenes como registra su historia.

Y estos elementos estuvieron siempre en lucha, lo mismo cuando la llamada legitimidad estaba personificada en el hermano de Fernando VII, que ahora que quiere representarla el protagonista del proceso del Toisón.

Amamantada nuestra generación en el odio al carlismo y á sus jefes, eran estos indistintamente á los ojos de la generalidad responsables de las sangrientas hazañas de aquellas guerras. Justo es reconocer que no todos las aprobaron, ni las toleraron todos; esta justicia avalora los testimonios que deponen en el proceso que hemos iniciado contra el carlismo.

Maroto, Urbiztondo, Cabañas, Eguía, Lalsala, el mismo Zumalacarregui, en la primera guerra civil; Dorregaray, Lizarraga y otros en la segunda, á la que alcanzó también el mismo desengañado Cabrera para deponer ante la historia contra su propia causa, proporcionan los argumentos más irrefutables contra ella.

Unos y otros han demostrado que la causa carlista es incompatible con el decoro, con la dignidad, con el acierto, con el orden, con la moralidad, con la honradez, con la tranquilidad pública; y si, por mal entendidos respetos no volvieron sus armas contra ella, ofrecen con sus escritos ó con sus actos testimonio irrecusable de la maldad encarnada en ese asqueroso consorcio de todos los vicios con todas las iniquidades.

No vale rechazar testimonios de tanta valía, por que unos y otros llevaron su abnegación hasta el punto de pasar, sin serlo, por cómplices en lo que su conciencia rechazaba con horror; ni de parcial, porque Maroto y Urbiztondo, Zumalacarregui y Eguía luchaban entre sí, pero convenían todos en el desprecio á la persona de Carlos V. y en el odio á los crímenes cometidos en su nombre y con su bandera; ni de error en el juicio, por que quien lee las lamentaciones de los jefes de la primera guerra, parece estar leyendo los clamores y las censuras de los que recibieron por premio á sus servicios la ingratitud del nieto de don Carlos en la segunda.

Cuando se fija el pensamiento en lo que éste es, se recuerda la descripción que de aquél hicieron sus mismos parciales, hasta el punto de que la una y la otra guerra, la una y la otra corte, la una y la otra persona en quien se quiso encarnar la legitimidad monárquica, son y aparecen idénticas, salvo las naturales diferencias de tiempo y costumbres.

Los hombres sensatos que aun creen en ciertas antiguallas ¿se expondrán ahora; como entonces, á someterse á los brutos? Los amantes de los prestigios de la realeza, ¿contribuirán á colocarlos en quien los desacredita? Los hombres de bien, ¿querrán alternar con criminales? Los militares ¿se resignarán á degradar su espada convirtiéndola en amparadora de viles asesinos, y todo para que al conducirse como hombres de honor los persigan y los fusilen por traidores?

El día que la historia del carlismo llegue á todas partes, no habrá un español honrado que no se apreste á aplastar la víbora en cuanto asome la cabeza. Por esto hemos emprendido la labor de publicarla en condiciones de que llegue á todas partes y pueda estar en todas las manos.

### LA MATANZA DE LOS FRAILES

¡Cuánto no se ha hablado de ella! ¡Cuántas veces no ha servido de pretexto aquel hecho, natural dentro de la lógica de la historia, para declamar contra las libertades y contra el pueblo!

Sin embargo, los que se aprovechan de aquella justicia popular contra los que tenían á su cargo tanta sangre y tantos trastornos, proceden con la misma lógica que procedería el que se revolviere contra un juez á presencia de un reo condenado justamente.

¿Qué eran los conventos en el reinado de Fernando VII?

Primero, los centros de donde emanaba la influencia y la fuerza del absolutismo en el poder; después, los focos más activos de la conspiración carlista y las madrigueras más seguras de los facciosos.

Por frailes y por sacerdotes iban mandados la mayor parte de las partidas levantadas en Cataluña; aquellas partidas que inspiraban tal terror aun á sus mismos partidarios, que muchos de ellos, huyendo de tal vandalismo, abandonaban sus viviendas rurales para refugiarse en poblaciones más seguras.

Aquello de los conventos no fué más que una batalla en que salió victorioso el pueblo.

Ardides y necesidades de la guerra decían los carlistas y el clero que eran todos los actos de vandalismo que cometían en pueblos y ciudades donde encontraban resistencia y donde no podían luchar á campo abierto. ¿Con cuánta más razón no puede calificarse de necesidad de aquella solapada guerra en que tenían que combatir los elementos populares contra un enemigo abrochado tras la inexpugnable trinchera del fanatismo?

Así y todo, la paciencia popular se ejerció más de lo justo; necesitó para concluirse de un espectáculo de esos que enciende la indignación y provoca la ira.

Un destacamento de la milicia de Reus fué sorprendido por una partida carlista, capitaneada por un fraile franciscano del convento de dicha villa, y los que de ella pudieron coger fueron bárbaramente asesinados.

La indignación del vecindario de Reus al tener noticia de este acto de salvajismo no tuvo límites, y gracias á la intervención de la autoridad no tomó el pueblo venganza inmediata en los conventos; pero al entrar los restos de aquella fuerza de valientes en la población, no hubo ya quien pudiera contener el furor popular.

Los facciosos que habían asesinado á los infelices milicianos huyeron: nada más justo que respondieran de ello sus auxiliares. Aquél fué el primer chispazo del incendio que iluminó después con siniestros fulgores las ciudades de España.

En Reus y en todas partes se guardaba triste memoria de lo que los frailes habían hecho sufrir á los liberales azuzando contra ellos á los voluntarios realistas, denunciando y persiguiendo á todos los que tenían nota de liberal.

Póngase cualquiera en el caso de aquellas familias privadas de su jefe por la malquerencia realista y por los manejos de los frailes; de las viudas, de los huérfanos, de los arruinados, de los desterrados por el feroz recor de la clerecía regular, y digan sino hubieran ido algo más allá en sus represalias contra los que predicaban y juraban el exterminio de los liberales hasta la quinta generación.

Esto no es predicar ni santificar el asesinato.



to, como todavía dicen los carlistas más ó menos embozados. ¿Quién se atreverá á decir que defiende el asesinato el que absuelve al que en defensa propia y para evitar su muerte causa la del agresor?

Los frailes eran un peligro constante para la vida y la tranquilidad del pueblo: el pueblo se defendió, y para salvar su vida, tuvo que privar de ella al enemigo.

Digamos con el convencional de Víctor Hugo: «Durante años se está formando la nube y luego se echa la culpa al rayo.»

El rayo que abrasó los conventos y mató los frailes, fué la chispa despedida de aquella densa nube formada durante muchos años por agravios sin cuento, por ferocidades horribles, por intrigas tenebrosas, por explotaciones inicuas contra el pueblo.

Lloremos, si queréis—sigamos diciendo imitando al gran genio francés—lloremos, si queréis, por los frailes muertos violentamente en aquella triste pero justa y lógica hecatombe de Julio de 1835; pero que lloren los reaccionarios de todos tiempos, si son capaces de sentimientos humanos, por tanta víctima inocente inmolada por la reacción, por tantos infelices perseguidos y cruelmente atormentados, por tantas mujeres ultrajadas, por tantos huérfanos desamparados, por tanta miseria y tanta desgracia como sembró en los hogares españoles el absolutismo, de que fueron foco, sosten y fuerza los conventos.

¿No había en aquel mismo convento de Manresa un fraile á quien se conocía con el nombre de *padre Puñal*, porque en todos sus sermones provocaba á sus fieles al asesinato?

Ninguna autoridad se atrevía contra aquel fraile y lo que representaba. Para aquellas predicaciones no hubo tribunales; pues á falta de éstos el pueblo se constituyó en tribunal supremo, juzgó, falló y ejecutó por sí mismo la sentencia.

Como ha ocurrido y ocurrirá siempre en casos parecidos, porque la historia, repetimos, tiene su lógica, y los inexorables hacen inexorables.

## LOS JESUITAS Y EL CARLISMO

Mas todas estas simplezas y necesidades eran en alguna manera disculpables en el estado de alarma general en que todos los españoles vivían aquellos días; eran resultado de un entusiasmo inocente, pero sincero en algunos y por lo tanto disculpable. No así otras cosas que pasaron después. Porque acabada la guerra civil y vueltos los jesuitas á sus casas, é instalados en ellas gracias á la generosidad de los liberales, parecía natural que tratasen de vivir tranquilos, acatando por lo menos pasivamente el nuevo orden de cosas, sobre todo si atendían al ejemplo que les daba en esto el Supremo Jerarca de la Iglesia; mas no sólo no fué así, sino todo lo contrario, habiendo tomado en ellos tal incremento la pasión política, que aun superó al que tuvo en los días militantes del carlismo.

La causa determinante de esta aberración, fuera de la innata propensión que tiene el jesuita á bullir y meterse en todo, se puede decir que fué el periódico. Decía Hernando Alonso de Herrera que «cuál libro leemos, tal vida hacemos», y esto se aplica más aún que al libro, al periódico, en especial tratándose de jesuitas. El periódico, en efecto, ha sido el diapasón que ha dado el tono de cuanto han pensado los jesuitas en todas las cuestiones que se han ofrecido en los últimos años, el termómetro que ha marcado los grados de entusiasmo ó exaltación de sus convicciones, la veleta que ha señalado el rumbo de sus ideas y sentimientos.

En verdad, hay que confesar que después de la guerra civil tuvieron un poco de paz, mas tal vez por efecto del descanso que necesitaban sus inteligencias después del gran trabajo que se habían tomado, que por reflexión ó por deseos verdaderos de tenerla. Este estado, sin embargo, no duró mucho, porque tampoco duró mucho el de los periódicos que solían leer. Empezaron éstos á tronar contra el liberalismo, y todos los jesuitas, como respondiendo á coro, no hablaban más que de liberalismo, echando sentencias y excomuniones á diestro y siniestro y no dejando títore con cabeza.

Pasada la racha del liberalismo vino la de la In-

quisición con su potestad coercitiva, con su enjuiciamiento, con su castigos y quemazones, y los jesuitas al tenor que les daban los periódicos, no tuvieron por espacio de largo tiempo otra cosa en sus bocas más que el Santo Tribunal, ponderando sus glorias y merecimientos, aunque teniendo buen cuidado de no cantar entre éstos el arresto y la condenación de algunos de sus antiguos compañeros. Tal era el entusiasmo con que defendían el Santo Tribunal, que á oírlos, estaban dispuestos á quemar á medio mundo, y lo habrían quemado sin duda á tener el medio mundo y la leña bastante á mano.

Mas apagáronse, idealmente se entiende, las llamas de la Inquisición, y vino en pos de ellas el carlismo en su parte concreta y personal, y al tenor que les daban también los periódicos, fué necesario que todo el mundo se pusiese la boina; y entonces sucedió que muchos jesuitas, que aún en tiempo de la guerra civil habían tenido sus escrúpulos en hacerse carlistas, no los tuvieron en declararse tales y cometer actos que gravemente los comprometían. Uno de ellos fué el siguiente:

Con ocasión de hacer don Carlos un viaje á las provincias del centro de Italia, como se supiese en Roma que era su intención acercarse á la Ciudad Eterna, el Sumo Pontífice actual, con la prudencia que le distingue, le hizo saber (así por lo menos lo dijeron los periódicos de entonces) que creía conveniente que no se llegase á Roma, sin duda por los compromisos que pudiera traerle su presencia en el Vaticano. Los jesuitas, quiero decir, el M. R. P. General y su curia no pensaron así, antes dejando á un lado este noble ejemplo de prudencia y de razón de Estado, al ir don Carlos á Fiésole le recibieron con pendón y cruz alzada, saliendo á despedirle á la escalera el M. R. P. General con toda su curia, y tratándole como á verdadero monarca, según lo dijeron los periódicos de aquellos días.

EL PADRE MIR (jesuita).

LOS JESUITAS DE PUERTAS ADENTRO, Ó BARRIDO HACIA AFUERA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

## SUSCRIPCIÓN PARA PUBLICAR LOS FOLLETOS *Los Crímenes del Carlismo*.

Barcelona.—Gabino Ronda. Para folletos.....	20
Peñaranda de Bracamonte.—Para folletos. Salvador Gomez de Liaño. 25 pesetas; Vicente Moreno Blanco, 25; Luis de Dios, 15, Manuel Caralisa, 5; Guillermo Matallana, 2; Arsenio Martín, 1. Total.....	73
La Parra (Badajoz).—Serafin Asensio Vega.....	5
Utrera.—Francisco García Díaz. Un año de suscripción y folletos.....	15
Mieres.—Alejandro Argüelles. Siga usted luchando como lo viene haciendo hasta socavar los cimientos de la reacción.....	5
Idem.—José A. Giose. Idem, id.....	5
La Mata (Toledo).—Francisco Alvarez Uceda. Para folletos.....	5
Colección completa.....	3'15
Ayora.—Fernando Bellver. Dos años suscripción.....	12
La Vellés.—Eduardo Alonso Montes. Año y medio suscripción.....	9
Compra de libros.....	9'30
Villarramiel (Palencia).—D. Julián Paramio. Para folletos.....	5'50
Granada.—Juan García Moreno. A cuenta de suscripción y como anticipo á los folletos <i>Crímenes del Carlismo</i> .....	5
Valls.—Pedro Molet. Un año de suscripción.....	6
Terque.—Domingo Amat. A cuenta de folletos.....	2
Yecla (Salamanca).—Comité de Unión republicana, un año de suscripción.....	6
Para folletos.....	3'15
Santa Cruz de Mudela.—Para folletos. Gustavo Gomez y José Pastor, á 2 pesetas cada uno.....	4
Idem.—Inocencio Martín, Benito Saez, Francisco García Colomina, Juan Sesse, Andrés García, Manuel Moreno y Un empleado, á peseta.....	7
Idem.—Juan Mira y Manuel Mira á 1'50 pesetas.....	2'50
Idem.—Claudio Zúñiga, Vicente Miguel, Francisco Lechón, Vicente Lozano, Antonio Flor, Gregorio Martín, Luis Megías, Un intruso, Angel Martí de Veses, Inocente Matamoros, Aracil, Pascual Lopez y A. S. obrero de los valles de Linares, á 0'50 centimos uno.....	6'50

Idem.—Abundio Sancho, Julián Laguna, Angel Alaminos, Luciano Fernández, Martín La Rubia, Luis Ortiz, Andrés del Moral, Antonio Rubio, Vicente Nuño, Rafael Saavedra, Rafael Milán y José Alvarez, á 25 centimos cada uno.....	3
Carabanchel Bajo.—Victoriano Garrido. Para folletos y un año de suscripción.....	25
Aguadulce.—Juan Antonio Rodríguez. Siento no poder hacer más.....	11
San Vicente.—Felipe Hernández, Miguel Lucio. Somos trabajadores y no podemos más.....	50
Cepeda de la Sierra.—Antonio Pérez Masón. Poco valgo y puedo, pero respondo con lo que puedo y valgo siempre que se me llama.....	10
Irún.—Faustino Gascón. Sabe que puede disponer de mi para la demolición del fanatismo representado por el carlismo.....	12
Villafranca.—José Morote López. Para folletos.....	3
Idem.—José Morote Asensi. Para folletos.....	2
Idem.—Isidro Martínez, Francisco Asensi y Francisco Ferrandiz á 1 peseta, para folletos.....	3
Tarifa.—Francisco Díaz, Manuel Ferrantes Toledo. Su campaña contra el carlismo lo hace más daño que los fusiles Mauser. Para suscripción y folletos.....	11

Se continuará.

## RERUERDOS DEL PASADO

Buscando *crímenes del carlismo* me encuentro á lo mejor con otros, si no tan graves, más sucios, como que son de inconsecuencia, de deslealtad, de algo que no produce siquiera indignación, sino asco.

Por ser él quien es, y por estar el documento tan mal escrito que no parece suyo, reproduzco hoy el que allá por los últimos días del mes de Febrero de 1874 escribió don Juan Valera, embajador que ha sido de no sé cuántas partes con la restauración. El documento dice así al pié de la letra:

«Señor director de *La Epoca*.

Muy señor mío y querido amigo: Mucho he vacilado en escribir estas líneas. No quisiera yo molestar por más tiempo al público con mis escritos, y en una polémica que va haciéndose harto personal; pero los ataques de un artículo firmado F. S., que publica su periódico de V., me mueven al cabo á tomar de nuevo, y por última vez la pluma.

Creo descubrir en dicho artículo la obra de una persona que me es querida, y no puedo menos de exclamar con el Romancero:

No hay amigo para amigo,  
las cañas se vuelven lanzas.

No voy á discutir mis opiniones, sino á defender mi persona de dos notas; de la nota de inconsecuencia y de la irreverente.

Sobre mi inconsecuencia sólo diré que desde 1859, que entré en la vida política, como diputado y escribiendo en *El Contemporáneo*, siempre he sostenido las mismas ideas, un poco más acentuadas ahora, pero con la diferencia, respecto á muchos personajes y gente menuda de la política, de que yo apenas tuve que dar algunos pasos para hallarme dentro de la Revolución, mientras que la mayoría dió un brinco digno de Leotard ó de otro acróbata más agíl.

En cuanto á mi irreverencia, conste que, si bien llamo *menesteres regios* á un cetro y á una corona pintados en un abanico, no acierto á persuadirme de que pudieran mirar esto como condenable grosería el propio conde Alarcos, ni el propio Sancho Ortiz de las Roelas, ideales poéticos de la devoción monárquica, hasta matar el uno á su mujer y el otro á su futuro cuñado para dar gusto al rey. Estos extremos de respeto al símbolo, en España, donde tan poco se respeta lo simbolizado, perdone usted que lo diga, provocan á risa desdeñosa.

Contra doña Isabel II, ni estando ella en el trono, ni caída y proscrita, he dicho ni escrito yo palabra que la injurie, y no ha habido horror ni infamia que prohombres de todos los partidos no profieran. Contra don Amadeo I también se ha hablado con indignidad. Por él se ha decidido barrer y orear el Palacio. Hasta á la modesta, virtuosísima y excelente reina doña María Victoria, que no ha hecho más que beneficios, siendo dechado y ejemplo de discreción, paciencia y dulzura, se la ha atormentado con feos insultos y sangrientas amenazas, contristando su noble



espíritu y su corazón afectuoso. ¿Soy yo, por ventura, culpado de estas cosas? ¿A qué vienen esas delicadezas monárquicas en un país donde se cometen tales enormidades de desacato?

Por último, en cuanto al príncipe don Alfonso, y si me convertiré ó no me convertiré, ¿qué más he de decir que lo dicho? Pues si yo pensara en convertirme, ¿hubiera tenido más que callarme? ¿Quién me obligaba á hablar? ¿Qué cosa más llana entonces que mi conversión? Pues qué, ¿he dicho yo nada contra la majestad caída de su madre? ¿He gritado acaso *¡abajo para siempre los Borbones!* ni traté en las Constituyentes de excluirlos de la elección? ¿He denigrado al mismo príncipe con epítetos soeces? Que cada cual ponga la mano sobre su corazón y mire si su conversión pudiera ser tan fácil como la mía. A otros los separa del príncipe don Alfonso un mar, un abismo, tal vez un lodazal infecto y hediondo de indelebles ofensas; á mí sólo las opiniones políticas; pero como no tengo la presunción de convertir al príncipe y de traerle á mis ideas, y como por ahora representa otras muy distintas, y como yo tengo la *manía* de ser constante en las que profeso, por eso digo que no es posible que yo sea alfoncino.

En punto á monarcas X. R. ó P., embozados é incógnitos, renuncio á ellos para siempre. Al pensar en ellos se me vienen á la memoria ciertos versículos de una comedia antigua donde dice el galán:

«Mi rey... ¿Si será el de bastos?

Mi rey... Si será el de espadas?»

O bien discurren por mi mente en majestuosa y solemne procesión, todos los reyes raros y estrambóticos que salen en la *Visita de los chistes*, como el *rey Perico*, el *rey que rabió* y hasta el *rey Tonto*, personaje, mímico también, que pudiera tomar carne y ser humanos del anhelo archidemocrático de tener la *menor dosis de rey posible*, y con el cual jugarían los pilluelos de la calle y le correrían como á una mona. Por esto dijo, no recuerdo bien si San Bernardo, la Biblia ó qué Santo Padre: *Simia in tecto, Rex fatuus in solio suo*.

Quiero decir con esto (pues como ha de ser la última vez que escriba en esta polémica y tal vez de política militante, me importa que no se me interprete mal) que no puede venir á España á reinar ningún príncipe extranjero, en las actuales circunstancias, en este estado de lucha ardiente de encontradas pasiones y miras, sin ser *simia in tecto*, ó sin irse hartado de nosotros, para lo cual mejor es que no venga; ó sin ser *rey de acero*, como quería Ríos Rosas, y sin meterse en el bolsillo ó encerrar en el arca la Constitución de 1869, la de 1847 y hasta el Estatuto real. é imponerse por fuerza y con sangre á los mismos que le trajeron, lo cual es imposible.

En todo lo que digo aquí, y he dicho en los artículos anteriores, salvo la honradez y probidad de intenciones de los que hacen ó hicieron lo contrario que yo, y espero que dejen en salvo las mías. Basten el error, la ofuscación, la ceguedad apasionada de la mente y del amor propio para explicarlo todo.

Para tales reyes, ó para *rey cero* ó *rey X*, lo mejor es ser republicano, aunque el señor F. S. y otros amigos se escandalicen.

Créame usted muy afectísimo.—J. Valera.»

Como ya nadie se acuerda de estas cosas, no creo que resulte perdido el tiempo que se dedique á recordarlas, y más si atañen á un hombre del valer de don Juan Valera, que se alababa ya por aquél entonces de *consecuente*, y que afirmaba con una seriedad rayana en la candidez que no era posible que él fuera *alfonsino*.

## EDIFICANTES INTERIORIDADES

### DE LA FAMILIA DE D. CARLOS

Un redactor del diario de Milan, *Tribunali*, ha publicado con el título «la verdad sobre la fuga de doña Elvira de Borbón y el pleito que ha entablado con su padre», una entrevista con el abogado Plantanida, de la que copiamos lo siguientes párrafos:

«En 1867 don Carlos contrajo matrimonio con la difunta doña Margarita, y en el contrato nupcial que se firmó en Frohsordf en Febrero del mismo año, figuraba la cláusula que la familia de su esposo le asignaba una dote, cuya administración se confiaba al gran Mariscalato de Viena, estableciéndose que éste pasaría á los esposos, como interés de la dote, la suma anual de 32,500 florines, que se pagarían por trimestres adelantados.

Don Carlos por su parte se comprometía á

ingresar en la caja de la familia que iba á crear la cantidad de 12,500 florines anuales.

Durante algunos años los cónyuges hicieron vida común, pero se separaron en 1882 retirándose la esposa á su magnífica posesión de Viareggio. Desde aquella época el Gran Mariscalato de Austria entregó á doña Margarita los 32.000 florines.

En 20 de Enero de 1882 murió doña Margarita de Borbón, y desde entonces volvió el Mariscalato á pasar la pensión citada á don Carlos.

En el testamento de doña Margarita fueron nombrados herederos los hijos y entre ellos doña Elvira. Prescribía la difunta que de sus bienes se hicieran cuatro partes; tres para sus hijas Elvira, Beatriz y Alicia y la cuarta para su hija Blanca y su hijo Jaime, añadiendo que lo disponía así porque los dos últimos habían sido mejorados por el duque de Módena.

Los bienes de doña Margarita consistían en su posesión de Viareggio, justipreciada en un millón de liras; en otro millón de liras en metálico depositadas en casa de Rotschild de Viena, otras posesiones de menos importancia y por fin la dote retenida por el Gran Mariscalato de Austria.

Respecto á la división del millón en numerario pronto se pusieron de acuerdo los herederos, retirando doña Elvira las 250.000 liras que le correspondían y que depositó en el Banco de Francia.

Respecto de la partición de lo demás han ocurrido rozamientos y dudas después de la huida de doña Elvira con el pintor Folchi.

### La fuga

Parece que Doña Elvira, joven de carácter vivo y alegre, no estaba á gusto en su casa, especialmente desde que su padre le había puesto una institutriz que, siguiendo el plan de Don Carlos, vigilase todos los movimientos de la joven, procurando al mismo tiempo inculcarle los principios ultra-religiosos de que exteriormente alardea el padre.

Hace algunos años la princesa Elvira tomó afición á un príncipe romano, pero don Carlos, por razones políticas, se opuso á estas relaciones, y con el objeto de que la joven olvidara este amor, le metió, como vulgarmente se dice, á Folchi por los ojos, avalorando sus cualidades, creyendo que éste, por sus condiciones de marido y padre no comprometería nunca á la princesa llevando las cosas al terreno en que se hallan actualmente.

Es de notar que entonces Folchi se hallaba en la posesión llamada «Le Pianore» del duque de Parma, próxima á Viareggio, donde copiaba tapices antiguos que el duque quería trasladar á otro castillo y que el pintor no pudo terminar porque sobrevino lo de la fuga con la princesa.

Durante este periodo se conocieron los amantes.

Don Carlos vió el peligro que corría, y cuando quiso evitarlo ya era tarde. De Venecia mandó á una persona de su confianza á Viareggio para que aconsejara á doña Elvira que cortara sus relaciones con Folchi, prometiéndole en compensación el dejarla libre de la vigilancia de la institutriz.

La joven princesa—conmovida sin duda por las palabras del enviado del padre, el cual le habló de la grandeza de la casa, de su porvenir y de sus ensueños—consintió en dejar á Folchi. Pero en cuanto hubo marchado el emisario del padre, doña Elvira sintió con más fuerza la pasión amorosa, y comprendiendo que no podría mantener la promesa, decidió huir, cosa que puso en práctica en cuanto llegó la nueva institutriz, tomando el tren que la condujo á Florencia, donde estaba Folchi. Inmediatamente se dirigió á la casa donde éste vivía, le contó lo ocurrido, el deseo de vivir con él, y aceptando gustoso Folchi el ofrecimiento, emprendieron la fuga que tanto ha dado que hablar.

Los diarios han hablado mucho, pero con poca exactitud de la fuga de los palomos.

Díjose al principio que la princesa estaba bastante enferma, y esto no es cierto, porque está muy bien de salud. También se dijo que había estado empleada en una fábrica de sombreros de Nueva York. No es cierto, porque tiene fortuna doña Elvira para subvenir á sus necesidades. Actualmente está en Tánger donde pasará el invierno con Folchi.

El pleito que sigue la princesa á su padre viene á reducirse á lo siguiente:

Doña Elvira pide á su padre que le restituya la cuarta parte de los 32.000 florines que le entrega todos los años el Gran Mariscalato de Austria, y que demuestre don Carlos que todos los años ingresó en caja dicha suma, según el compromiso firmado en 1867.

Doña Elvira, representada por los abogados de Milán señores Plantanida y de Pozzi, ha citado en causa á sus hermanos. Estos, según parece, comparecerán sólo *pro forma* porque han recibido de don Carlos lo que les pertenecía.

De la causa entenderán los tribunales de Lucca, bajo cuya jurisdicción está Viareggio. La vista se celebrará á principios del próximo año.

Antes de empezar el pleito, el representante de doña Elvira avistóse con don Carlos para llegar á un acuerdo, cosa que no pudo conseguirse por las intransigencias absolutistas del último.

La única condición en virtud de la cual volvería á reconocer á su hija, que dió por muerta en su famosa carta, sería encerrándose aquella en un convento.

Doña Elvira hace oídos de mercader á semejante proposición, siendo por lo tanto inevitable el pleito.

¡Excelente familia!

(La Publicidad, Barcelona.)

## CRÍMENES DEL CARLISMO

### EL SECO DE LAS PARRAS

Los nombres de Savalls, Santa Cruz, Rosa Samaniego, Cucala, figuran en primer término como criminales en los fastos de la segunda guerra. Bien merecida tienen su fama; más no vamos por esto á aranguar lo que corresponda á otros bandidos de segunda fila, digámoslo así, que florecieron para gloria del carlismo y deshonra de la humanidad.

Uno de estos criminales de segunda fila (para capitanes los quisieran las cuadrillas de facinerosos de primera) es indudablemente Nicolás Carceller (*Seco de las Parras*).

Segun uno de sus biografos, antes de la guerra era *dulero*, esto es, encargado de cuidar á los animales del ganado caballar ó mular, que sin servir aun para el trabajo, salían de sus cuadras al son del cuerno y la trompeta á vagar y pacer por valles, montes, hondonadas y barrancos. ¡Cuán fácil no es pasar de la custodia en despoblado de ciertos animales á la dirección y cuidado de los cartistas! Pues esto hizo el bueno de Carceller: dejó de ser *dulero* y se metió cabecilla; abandonó á los animales de carga y fuese en busca de la gente de boina.

Complicado en un robo, tenía una causa abierta en Castellote cuando acertó á pasar por allí el 7 de Mayo una partida carlista al mando del cabecilla Ejarque, apreciable defensor de la religión recién salido de presidio, y ¡qué mejor ocasión y mejor compañía para el *Seco*! Se presentó á él después de desvalijar varias casas á pretexto de buscar armas, y merodearon juntos durante algun tiempo por los pueblos vecinos. Disuelta al poco tiempo la partida por efecto de una monumental paliza de las tropas liberales al mando del teniente coronel de Carabineros don Juan Arjona, la mayor parte de sus héroes se presentaron á indulto. El *Seco* lo hubiera hecho también de buena gana, pero se lo impidió aquella cuentecilla pendiente con el juzgado de Castellote.

Anduvo errante por aquellos pueblos robando lo que buenamente podía, hasta que, presentándose á Gamundi, fué nombrado sargento segundo de su partida.

Al poco tiempo formó por su cuenta una partida de 30 á 40 facinerosos, se eligió á sí propio oficial y pidió permiso para quedarse en aquel distrito con su ronda de Alcañiz, que tal título dió á su cuadrilla, y desde el primer instante comenzó á perpetrar



atropellos, exacciones, asesinatos y fusilamientos en las personas indefensas que caían en su poder.

Relataremos á la ligera alguna de las hazañas que le acreditaron de perfecto carlista.

Al trasladarse un teniente de infantería de Alcañiz á Zaragoza, en un sitio denominado la Estanca, y en presencia de su señora y un niño de cinco años, le dió muerte el *Seco*, aun después de haberle pedido el niño de rodillas que no fusilara á su papá.

Tuvo á una mujer de Castellote por espacio de una hora presa en la casa de la Villa para emplumarla. Al saberlo las personas más caracterizadas del pueblo, se presentaron á él, y desoyó á sus súplicas. No contento con esto, sacó al padre de aquella infeliz á unas eras en unión del secretario para fusilarlos; mas por intercesión de todo el pueblo, desistió al fin de su empeño.

A un mercader que pasó por Castellote á comprar ganado, le quitó un mulo que valía dos mil reales y todo el dinero que llevaba, y á media noche hizo que lo fusilaran arrojando su cuerpo á las llamas.

En Ejulve, á donde fué destinado con su ronda para que las tropas del gobierno no pasaran ningún pliego á las columnas, dejó completamente aniquilados á los vecinos.

En Agosto del 73 se llevó los quintos pertenecientes á aquel sorteo y los de las reservas posteriores, ó sean los de 73 á 74 y los de 74 á 75 de todos los pueblos circunvecinos, prendiendo en su defecto y llevándose en rehenes á los padres, hermanos ó parientes más próximos.

A un paisano masovero del término de Morella le encontró un pliego, y lo fusiló en el acto, quemándolo después con la balija.

Al hermano de un hojalatero, llamado Onofre, de Alcañiz, lo pasó por las armas sin darle ni aun tiempo para confesarse.

Hechos de esta clase los tiene á montones el *Seco* en su grandiosa historia carlista, que terminó presentándose cobardemente en Ginebrosa al gobernador militar de Teruel, quien, por razones que ignoramos, no hizo á la humanidad el favor de eliminarle en el acto.

Este y otros criminales por el estilo, eran considerados en el carlismo como de segunda fila. ¡Lo que hace la abundancia!

#### ¿EN QUÉ SE EMPLEAN LOS IMPUESTOS?

Principalmente:

- En sostener la fuerza pública;
- En administración de justicia;
- En obras públicas;
- En instrucción pública;
- En embellecimiento y diversiones públicas, y
- En beneficencia pública.

El miserable no tiene bienes que proteger, y su persona es oprimida por poderes y fuerzas que no se contrarrestan con soldados ni agentes de Policía: el rico tiene propiedades que la sociedad le garantiza, lo mismo que la seguridad de su persona, que pudiera atacar la violencia enfrenada por la fuerza pública.

La verdadera justicia no se administra, en parte por imperfección humana, en parte por imperfección social: la que pueden hacer los Tribunales, cuando *penan*, es más fácilmente burlada por el rico; cuando *proteje*, más difícilmente alcanzada por el pobre; y como, en todo caso, los Tribunales se ocupan casi exclusivamente en perseguir á los que de uno ú otro modo se apoderan de lo ajeno, ó en resolver á quién pertenecen los valores que reclama más de un dueño; como el miserable no es robado, ni propietario, la esfera de la justicia se limita para él, que no la ve más que en forma de cárcel ó de presidio.

De las obras públicas, aun las vías de comunicación, que son las más ventajosas para todos, el miserable no viaja por ellas, ni puede comprar sino una mínima parte de los objetos que abarata la facilidad de transporte. ¿De qué sirve que por el ferrocarril lleguen los pescados frescos, los frutos exquisitos de otros climas, y que puedan transportarse económicamente los coches y los caballos de regalo? Si el miserable viaja alguna vez, su asiento es, relativamente, más caro que el de los que van en salones, *cars-palaces* ó *sleeping-cars*.

La instrucción pública, pagada por el Estado, ¿de qué le sirve al miserable? Lo poco que

se le enseña en la escuela primaria no puede aprenderlo, ó es como si no lo aprendiese, ó tal vez peor que si no lo hubiera aprendido. La enseñanza verdaderamente útil, los profesores ilustrados, los aparatos costosos, los museos, etc., son para los ricos. Ciertamente es que la Ciencia, en último resultado, aprovecha á todos; pero las ventajas que del saber de los otros saca el miserable son muy indirectas, y á veces se convierten en perjuicios, porque la inteligencia sin moralidad abusa de la ignorancia.

Todo lo que se gasta en ornato público, en higiene pública, en diversiones públicas, es un beneficio casi exclusivo del rico, porque el miserable no se pasea por los hermosos parques y jardines, no es capaz de admirar las bellezas artísticas, no asiste á diversiones, ni las medidas higiénicas llegan á su insalubre habitación, que nadie se cuida de sanear, como alguna epidemia que haga temer por la vida de los ricos no lleve la autoridad á visitar las casas inhabitables en que se hacina la gente de los barrios pobres.

La única partida que aprovechan los miserables es la beneficencia oficial, y no decimos exclusivamente, como parecería á primera vista, porque no se sabe cuántos hijos de rico habrá en las inclusas, ni cuántas personas envían á los hospitales y casas de beneficencia que tendrían que auxiliar si no las hubiera. De todos modos, comparado lo que se gasta en beneficencia para socorrer á los miserables, con lo que se gasta en lujo para recreo de los ricos y en diferentes ramos para su utilidad exclusiva ó casi exclusiva, se comprenderá la proporcionalidad que resulta en los hechos sociales de las proporciones aritméticas.

Todavía hay más: el rico tiene *de hecho*, él sólo, opción á los puestos que con fondos del Estado se retribuyen. En el ejército es oficial, y en los empleos civiles pertenece á las primeras categorías, quedándose con retiros y pensiones, al dejar el servicio, que no se dan á los soldados y empleados subalternos cuando ya no pueden servir ó se los despide.

CONCEPCIÓN ARENAL.

#### PARA LELOS

De nuestro querido colega *La Campana de Gracia*: «Francia paga al presidente de la República francesa un millón de francos; España al rey niño y á su familia 9 millones 500.000 pesetas.

Francia satisface á sus embajadores en Londres y Berlín, cuarenta mil francos; España á los que tiene en las mismas ciudades capitales, 80.000. Al embajador en París le paga 120.000 pesetas.

Cada arzobispo cuesta á Francia 15 mil francos, y á España 20.000.

Cada obispo cuesta á Francia 10.000, y á España 15.000.

Francia con una riqueza seis veces mayor que la de España y con una población de 40 millones de habitantes, no grava la propiedad territorial sino con 150 millones de francos de contribución. La propiedad territorial de España, nación de 17 millones de habitantes, está gravada en 166 millones.

La República francesa se engrandece más cada día con la adquisición de nuevas colonias.

La monarquía española corre inminente peligro de perder las suyas.

Y no seguimos por que este paralelo sería interminable.

Paralelo que dedicamos á los *lelos* que todavía se entusiasman con la forma monárquica.»

#### INSTRUCCIONES

Son muy higiénicas las que da *El Pueblo* de Valencia para combatir á la morralla carcunda. Oigámoles:

«Todo buen liberal, si quiere hacer algo útil por la nación á que pertenece, debe seguir al pie de la letra las siguientes instrucciones:

1.ª Atronará los oídos de los ciudadanos, sin excepción de sexos ni edades, refiriéndoles los crímenes del ladrón y asesino Cucala, del sanguinario Saballs, de los bárbaros curas de

Flix y Santa Cruz que no llegaron á la antropofagia por milagro, y para no cansar más, todas las hazañas de esos valientes... brutos, que apenas se veían amenazados por las culatas de los soldados liberales se desmayaban de pavor y les pedían á los santos de su devoción que les pusiese alas en los pies ó les señalase un sitio donde esconderse.

2.ª Para que no se borre el retrato moral del hombre que los carlistas quieren colocar sobre el trono de España, es necesario decir por cuenta propia que es un imbécil y un cobardón, á quien un coronel efendido obligó á hacer un *record* por media Europa sin conseguir verle la cara; un individuo, en fin, plagado de todos los vicios; y por si á alguien le parece fuerte la pintura, conviene apoyarse en el testimonio de Dorregaray y de otros cabecillas que aseguraban á sus parciales que don Carlos era un ser estúpido y sanguinario.

3.ª Con los carlistas no cabe discusión; es más fácil conseguir que discurra un adoquín que hacer penetrar dos ideas seguidas en aquellas petrificadas cabezas.

Y 4.ª Escarmentados de los procedimientos que han seguido los carlistas en lo que se refiere á cazar liberales, conviene conocerlos á todos y no perderlos de vista.

Otro día continuaremos estas instrucciones, que, según decimos, interesan mucho, si se quiere evitar que nos muerdan las manadas de lobos rabiosos con boina.»

«La hija de un riquísimo propietario de Palermo, el barón Udetti, se ha fugado con su preceptor, un sacerdote italiano llamado Aurelio Ferrari. La joven tiene dieciocho años y el enamorado y raptador sacerdote cuarenta y cinco.»

¡Ah! ¡Cuánta razón tiene un Semanario católico de Reus para exclamar!

«El sacerdote no es un hombre, sino un ángel; ¿qué digo ángel? es superior en cierto modo á la Reina de los ángeles, la Virgen María; ella encarnó una vez á Jesús, y el sacerdote hace tantas encarnaciones, como misas celebra.»

¡Ya lo creo que hacen encarnaciones los sacerdotes! Que se lo pregunten al papá de esa joven italiana, que en breve se verá ascendido á abuelo.

#### LOS CRIMENES

### DEL CARLISMO

La semana próxima se pondrán á la venta los folletos 22 y 23.

LA RELIGION  
AL

### ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

CIENCIA Y RELIGIÓN

FOR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

CELEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEÓN TAXIL

SUMARIO:

Doce años bajo el pabellón de la Iglesia.—La patraña del Paladismo.—Miss Diana Vaughan.—El diablo entre los Masones.

15 céntimos

Imprenta popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.